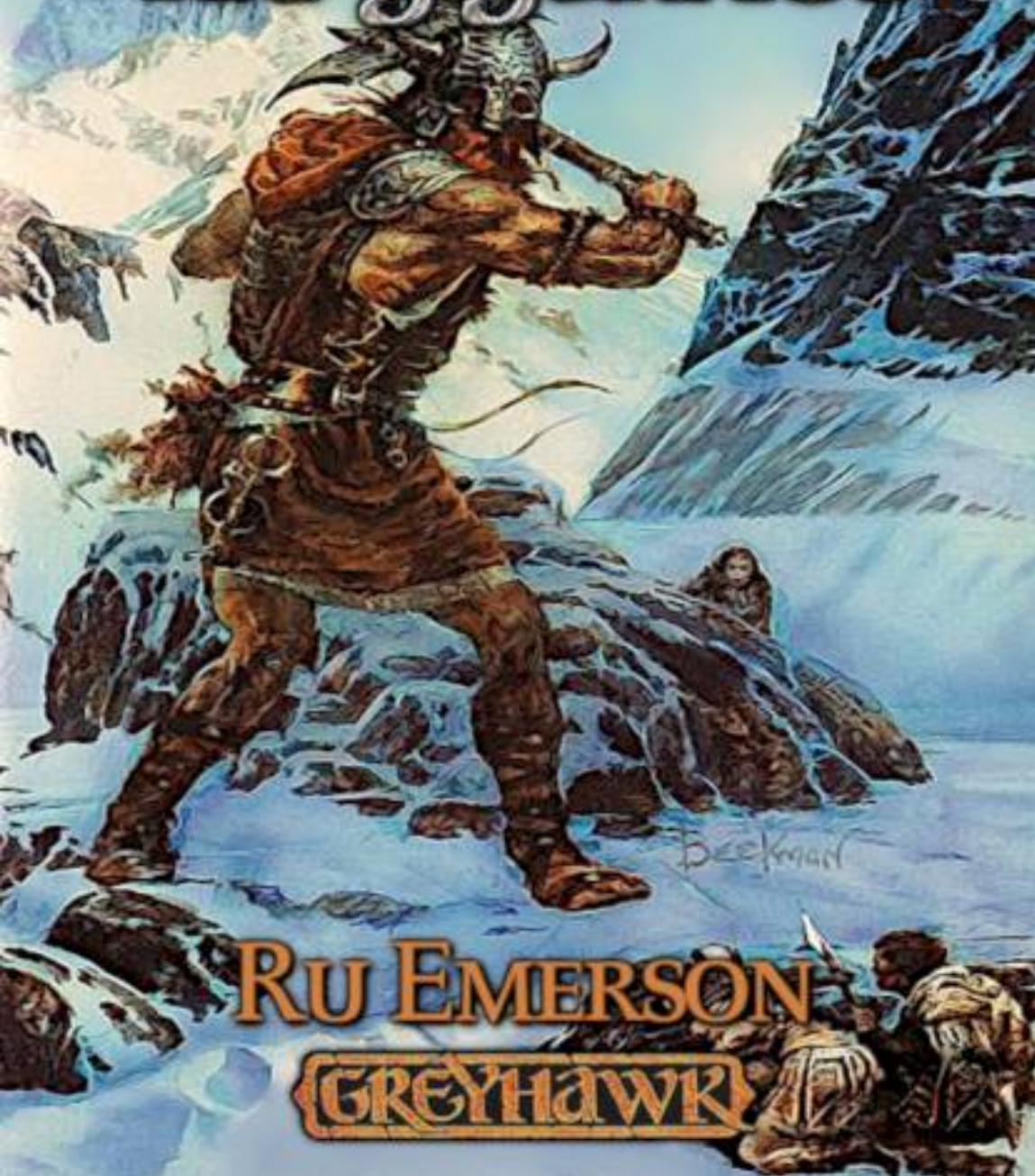




CONTRA Los gigantes



RU EMERSON

GREYHAWK

Se cumplirá la venganza.

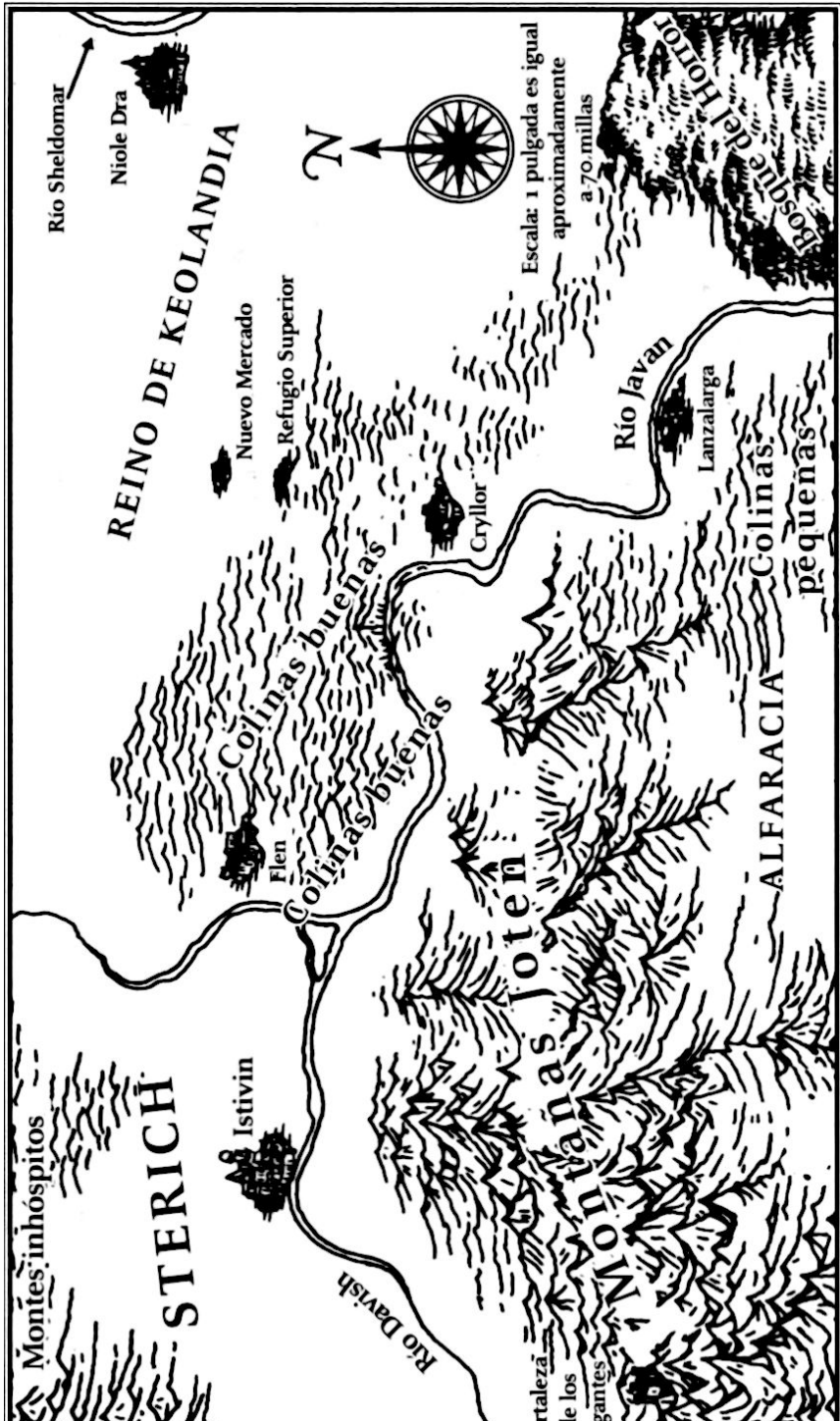
Un pueblo arde mientras sus atacantes huyen en la noche. Enfurecido, el Rey de Keolandia ordena a un viejo guerrero que lidere un grupo de aventureros en un acto de venganza.

Mientras se preparan para entrar en el corazón de la guarida de los monstruos, todos ellos saben que solamente los más valientes sobrevivirán.

Contra todo riesgo.

Contra los gigantes.

Para Doug y Roberta





AC 585



La mañana del 14 de Cosecha amaneció bochornosa y demasiado calurosa en Refugio Superior, la remota población de los cerros de Keolandia. El sol del amanecer extendía una capa carmesí por encima de una encrucijada, más allá de las últimas cabañas, mientras Yerik, el tenaz líder de barba gris de la aldea, emergía de la cabaña que compartía con su madre. Habían compartido la pequeña morada desde que su padre y su joven esposa murieran de fiebre doce años atrás. Su adorada Aleas estaba muy avanzada de su primer hijo, y el pesar de su pérdida le había dolido tanto que no se había vuelto a casar, convirtiendo en su lugar el pueblo en su familia.

Además, no había sido un buen año para Refugio Superior. El joven barón había muerto de fiebres el invierno anterior sin dejar herederos. Desde su muerte, no se celebró ninguna de las habituales partidas de caza en la zona. El barón Hilgenbran, quien siempre pagó en plata por todas las provisiones que necesitaba para su casa (desde harina y huevos para su mesa hasta madera para sus enormes chimeneas), había sido un austero pero justo gobernante. Sin él, no se produjo el habitual drenaje de los limitados recursos de Refugio Superior, pero tampoco hubo monedas.

Las gallinas del poblado no habían engordado adecuadamente a causa del crudo invierno que les había atrapado durante el mes de Apresto, y a que la primavera había sido

especialmente fría y húmeda, abarcando toda la estación de las siembras, en luto por el barón, según dijeron algunos. Cualquiera que fuera la causa, el grano no germinó hasta mediado el mes de Solferaz, e incluso algunas simientes seguían sin brotar llegado el día más largo del verano. Por esas fechas tardías, el trigo y la avena debieron ser trillados y almacenados en cántaros de barro sellados y guardados en los sótanos comunales de la zona baja, donde permanecerían hasta el invierno.

Ahora, con el grano apenas maduro, incluso los más jóvenes granjeros de Refugio Superior podían mirar hacia el cielo de oriente y predecir fuertes lluvias antes de que anocheciera.

—Habrán relámpagos —predijo Yerik con tono triste, con sus ojos fijos en el cielo rojizo donde el sol pronto se alzaría—, y caerán en los pastos donde llevamos a las cabras y a los caballos. Estuvieron demasiado húmedos esta primavera, y desde entonces, están demasiado secos.

Su madre entró en el pequeño porche, detrás de él, haciéndose con destreza una larga y tensa trenza con su largo cabello cano. Gran parecía no tener otro nombre, al menos no otro que pudieran recordar los aldeanos. Aún vieja como era, su memoria era extraordinariamente precisa. Asintió.

—Como en el año... ¿fue hace cuarenta años? En el 546, sí. Un mal año, todo salió mal, una cosa tras otra. Fue un verano muy húmedo y un otoño muy seco, y la cosecha fue pobre por culpa de todo ello. El grano se pudrió cuando la lluvia cayó antes de que pudiéramos recolectar. —Aseguró su trenza con una cinta azul descolorida—. Al menos la lluvia apagó los incendios de aquel año. Y nuestra gran suerte es que hayas sido lo suficientemente listo para llamar a Gran Refugio para que vinieran y se quedaran anoche, así el grano podría estar listo hoy.

Ella miró en dirección al establo de abajo, habitualmente vacío en esta época del año, pues los rebaños pastan

durante todo el año excepto en época de nieves. En esos momentos, el desgastado suelo del establo estaba atestado de gente de Gran Refugio... veinte hombres del poblado de más al norte, que ofrecerían mano de obra ahora a cambio de harina y forraje en el próximo invierno. Quince jóvenes mujeres que bajaron con ellos de la montaña se habían hecho cargo de la estancia común aquella noche.

Yerik suspiró hondamente.

—El grano *tendrá* que estar listo. No tenemos elección.

—Sí. Hoy la cosecha es trabajo tuyo, hijo. Recuerda que si pasamos hambre este invierno, aquellos que maldigan, lo harán contra ti. O peor aún, perderemos a Bregya, y es una curtidora excelente.

El líder asintió.

—También perderíamos a su padre. Dikos no se ha encontrado bien en todo este año. Nunca tendremos a nadie que toque la b'lyka mejor que él.

—Cierto. —Gran tiró su trenza por encima de su hombro y bajó el escalón para colocarse justo a su lado—. Organiza a todo el mundo que sea capaz de ayudar de alguna forma. Los pastores son bastante robustos. Ellos aprovecharán bien el tiempo, y el viejo Haesak y su hermano pueden ayudar vigilando a los críos. Que la pequeña Adisa ayude a Bregya a cuidar a los más pequeños que ellas. Coged mantas para que puedan sentarse bajo los árboles y que nos hagan coronas con las ramas para atraer a la buena fortuna. Haced que sea como un juego para los más pequeños. Los niños son buenos para buscar las cabezas perdidas de trigo, si lo planificáis bien.

Yerik asintió y sonrió.

Gran le dio unos golpecitos en el brazo.

—Sí. Veo que recuerdas el juego en que convertí todo esto cuando eras un niño. Déjame a Mibya y a su hermana. Las necesitaré para preparar marmitas de sopa para todos. Comeremos juntos una vez el grano esté adentro y a salvo.

—Bien. —Se estiró de su canosa barba y asintió—. Eso hará que puedan ayudar más mujeres. La lluvia aún aguantará hasta medianoche. Eso es lo que parece. Aún así, debemos recoger la cosecha lo más rápido que podamos. Recuerda que Lharis y su hijo están de cacería. Deberían regresar con carne.

—Deberían —coincidió ella con una sonrisa—, pero aún así, no contaremos con ello.

—No, pero el viejo Mikati jura que vio toda una manada de ciervos en la llanura del noreste hace dos días. Ya conoces a Lharis. Si hay una manada cerca, traerá algo, aunque sea una sola pieza.

—Contaré con ciervos cuando pueda tocarlos —replicó Gran—. Daré la bienvenida a la carne, pero si no, nos las arreglaremos. Siempre lo hacemos. —Clavó su mirada en el cielo oriental presa de un evidente presentimiento—. Ojalá hubiera visto con mejores ojos el aspecto de esta mañana.

—¿Acaso... recuerdas algún día como este? —preguntó cautamente mientras la miraba de soslayo, poniendo énfasis en la palabra que significaba a su vez el acceder a la historia oral del pueblo que ella había heredado, de madre a hija, de sabia a aprendiz, durante todos los años en los que Refugio Superior había sido un poblado.

Ella se encogió de hombros.

—No. Solamente estoy preocupada. Sabemos que el tiempo ha sido irregular durante todo el año, y nos la jugará si puede. Vamos, marchad.

Yerik asintió ausente. Tenía la vista fija en el horizonte, y ella dudaba que le hubiera escuchado.

—¿Tienes algún presagio? —le susurró.

—¡Nada de eso! —respondió en un siseo—. ¡No le sentaría bien... ni a nuestra gente ni a los de las tierras altas... oírte mencionar la palabra «presagio»! Mantén a la gente tan ocupada como puedas. Las otras mujeres y yo os llevaremos la comida a mediodía. Porque... —se rio tímidamente— lo convertiremos en un pícnic, y luego en una fiesta es-

ta noche, especialmente si el joven Lhors y su padre nos traen caza. Ofrece a tus segadores una buena fiesta de la recolección, baile, música y un banquete, buena cebada y sopa de remolacha con rebanadas de pan de melaza. Eso saciará, aunque no hubiera venado. Y es una oportunidad para los jóvenes de las tierras altas de conocer mejor a nuestras chicas.

—Y también a la inversa. —Yerik sonrió. Su joven esposa había venido de Gran Refugio en otra pequeña fiesta de la cosecha. Puso su mano en la mejilla de su madre y murmuró: ¿Qué haremos el día en que abandones este mundo para ir a otro mejor?

Ella le cogió la mano.

—No hago nada especial. Solo soy una mujer que tiene muchos años y buena memoria. El pueblo me da tanto como lo que yo le doy al pueblo... al igual que nosotros procuramos mantener contento a un viejo guerrero como Lharis para que él cace para todos nosotros y enseñe a nuestros chicos sus habilidades en la caza. Yo aún puedo cocinar, y observo situaciones que se repiten al cabo del tiempo.

—Haces que suene tan... poca cosa —protestó él.

—Es que, gracias a los dioses, no es gran cosa —le aseguró—. Hay cosas que ocurren de vez en cuando, como una temporada de demasiadas lluvias. —Le soltó la mano—. Haz que salga todo el mundo. Nosotras llevaremos pan negro, manzanas y cerveza al mediodía. —Su mirada se desvió hacia el amanecer detrás de él, y por un breve instante pareció apesadumbrada. Antes de que su hijo pudiera preguntar por sus pensamientos, cambió su semblante e hizo que se pusiera en marcha.

Yerik se ajustó su túnica, colocó la hebilla de su cinturón en el centro, y se dirigió al pueblo, golpeando en cada puerta, una tras otra, para finalmente dirigirse al establo y despertar a sus visitantes.

Gran le vio marchar, asintiendo con aprobación. La recolección tenía que estar seca y a salvo antes de que descargara la tormenta. El resto no importaba, excepto mantener alta la moral de los aldeanos.

Tiró de un hilo suelto que salía del dobladillo de su manga y se lo lio en el dedo para recordar que habría que dejar lista la zona de las camas justo después de haber puesto a cocer a fuego lento la sopa. No habría baile en la plaza esta noche... o al menos no duraría mucho. El dolor de sus huesos le advertía que se avecinaba un tipo de tormenta de las que su marido, fallecido hacía mucho, solía llamar un «gigante asesino».

—Un nombre interesante, —pensó—. Pero ¿por qué las llamaría así?... —No estaba segura del motivo. Posiblemente porque describiera toda la furia de una tormenta, una tormenta que golpeaba nada más caer la medianoche y pulverizaba los sentidos con haces de relámpagos y que enviaba truenos para que los perros aullaran y que los oídos de los ancianos dejaran de funcionar bien.

Tras un día con aquel calor y tanta humedad en el cielo, la mayoría de los cosechadores acabarían exhaustos, y solo los más jóvenes tendrían fuerzas para el baile. Con suerte, lo peor de la tormenta no llegaría hasta que los chicos estuvieran ya durmiendo.

Se acordó que sería mejor avisar a Yerik de que se asegurara que algunos aldeanos reservaran fuerzas para patricular por los campos. Los incendios por los relámpagos podrían arrasarse con el poco pasto que tenían.

Empujó la trenza por encima del hombro. La época de tormentas la hacía sentirse vieja y melancólica, pero tenía trabajo que hacer. Miró una vez más hacia el amanecer antes de sumirse en sus tareas. El sol había despuntado en las cumbres más lejanas y parecía un poco más brillante. Al oeste, las montañas seguían siendo una masa oscura, ahogada por negros y densos nubarrones.



En el campo, la recolección seguía adelante cuanto el sol se elevaba al mediodía y caía sobre los nubarrones del oeste. Mujeres y hombres, casi por igual, trabajaban eficazmente reculando en dirección a la zona de plantación seca, agarrando manojos de tallos y segándolos a ras para soltarlos en el mismo lugar e ir a por otro manajo. Tras ellos, otros recogían un único tallo que utilizaban para atar el manajo entero. Los niños y las mujeres jóvenes les seguían, recogiendo los pequeños fardos y llevándolos a dos carretas, mientras los más pequeños recogían todo lo que se iba cayendo y lo ponían en cestos.

Yerik permitió un descanso razonable para el almuerzo del mediodía, consciente de que la gente trabajaría más duro y durante más tiempo tras una comida y una breve siesta. El tiempo aún aguantó, pero el cielo de última hora de la tarde era de un dorado pálido y completamente inmóvil, como si algún dios lo hubiera destilado.

El sol aún resplandecía sobre las nubes cuando se llenó el último cesto y los carros llegaron de vuelta bajo los techos bajos de los establos para pasar esa noche. Tras dejar carros y cestos, los aldeanos y sus invitados fueron a limpiarse de polvo y ahechaduras cubiertas de sudor antes de reunirse en las cuadras del pueblo donde dos marmitas negras bullían, liberando el agradable aroma de una sopa familiar.

Pronto llegó la noche, con un viento creciente y nubes negras y espesas que eclipsaron las montañas occidentales y casi también las colinas más cercanas. El trueno retumbó en la distancia, y ocasionalmente el cielo del oeste empalidecía con los rayos. Pero la brisa era fría y fresca por primera vez en muchas horas, y había aguantado sin descargar lluvia.

Después de que todo el mundo comiera bien, Dikos preparó su b'lyka de tres cuerdas, mientras Mikati desembalaba los cuatro timbales quitándoles su funda de piel y se los colocaba en su regazo. La gente vitoreó y aplaudió mientras ellos dos se ponían de acuerdo hasta, finalmente, comenzar con una tonada familiar que siempre solían tocar en primer lugar. Por unos instantes, estuvieron tocando para una plaza vacía mientras algunas de las ancianas acompañaban con las palmas. Entonces, Emyas jaló de su recién prometido Arkos para que se levantara e hizo que bailara con ella. Otros les imitaron. Media docena de chicas se levantaron y formaron un círculo, bailando, sonriendo a los chicos y riendo entre ellas. Gran y el resto de quienes habían cocinado se sentaron atrás, cansadas y satisfechas, para así mirar y chismorrear de vez en cuando respecto a quiénes bailaban, o quién se sentaba al lado de quién, riendo al tiempo que apostaban sobre cuál sería la próxima pareja en comprometerse.

Una canción siguió a otra mientras el atardecer se adentraba en la noche.

Entonces, el aire se volvió mucho más frío. Un relámpago descargó en la colina del sudoeste y el trueno retumbó alto y cercano al destello de luz. Los dos músicos dejaron de tocar sus instrumentos mientras una ráfaga de viento llegó hasta ellos, alzando un remolino de polvo y ceniza de las hogueras donde se había cocinado. En ese instante, un hombre oscuro y enorme vestido con pieles entró hasta la luz, seguido de cerca por un joven de unos diecisiete años. El adulto llevaba un arco en una mano y una larga espada en la otra... algo poco habitual en un poblado pacífico. Su rostro, normalmente inexpresivo, reflejaba tensión y preocupación. Yerik se abrió camino entre los bailarines ahora completamente quietos, mientras la anciana seguía sus pasos.

—Lharis, Lhors, ¿qué sucede? —preguntó el líder en voz baja. Lharis se puso un dedo en los labios y lanzó una mira-

da de advertencia a los aldeanos allí reunidos. Su hijo Lhors estaba pálido hasta los labios. Lharis pidió urgentemente por señas a Yerik y a su madre que le acompañaran bajo el porche.

—Gigantes —murmuró—. Estábamos cruzando la sierra del barbecho durante la puesta de sol en busca de ayuda para cargar con la caza, y vimos a dos gigantescos brutos que por lo menos me doblaban en altura y anchura. No creo que nos vieran. Se estaban alejando de aquí, hacia el norte y el oeste, pero parecían tener curiosidad e interés en lo que miraban. Tuvimos que escondernos durante un buen rato hasta estar seguros de que se habían ido.

Lhors tragó saliva. Sus dos lanzas chocaron entre ellas.

—Será mejor que nos preparemos para un ataque —añadió el guerrero con tono firme.

—¿Prepararnos? ¿Ataque? ¿Contra...? —La voz de Yerik se quebró.

El otro hombre asintió con firmeza.

—Y hacerlo todos juntos. No es imposible. Tenemos a unos pocos que pueden utilizar arcos o lanzas. Encontrémoslos y advirtámosles para que vayan rápidamente y en silencio en busca de sus armas. Mientras, podrías enviar a alguien a esconderse y vigilar en silencio. —Desvió su mirada a Gran—. Procura que las hogueras estén apagadas. Con suerte, esas criaturas no estarán buscando este pueblo, y puede que no sepan exactamente dónde está.

Él no creía en eso último. Gran se percató y dijo con la boca seca:

—Si le decimos a la gente de qué amenaza se trata, cundirá el pánico.

Lharis negó con la cabeza.

—No, no hagáis eso. Decid únicamente que existe un peligro. Decid que son bandidos. Llevad a mujeres y niños a las bodegas donde no se les oirá. Haced que algunos de los chicos más mayores apaguen todas esas antorchas y preparad a todos los demás de los que dispongamos, y